

Hombres, ideas y libros

Federico Gana

LA publicación de los cuentos de Federico Gana, en un volumen elegante, editado por Nascimento, nos trae de nuevo el recuerdo doloroso de una vida noble y buena y de un talento digno de memoria.

Nuestra amistad con Gana remonta a los años 1918 o 19, cuando él era un autor en la plenitud de su nombradía, gracias a la reciente aparición de «Días de campo» en la biblioteca de Los X, saludados unánimemente por la crítica como una obra maestra, y nosotros estudiantes con más aspiraciones literarias que asiduidad con los textos. En el Club de Estudiantes de la calle Ahumada conocimos, efectivamente, a este hombre alto, rubio y bondadoso, que sonreía siempre con discreción de buen tono y fumaba unos pésimos cigarrillos.

Había entre él y nosotros una diferencia considerable de edad, pero Gana estaba acostumbrado a salvar diferencias, por grandes que fuesen, con sus maneras de gran señor. A poco de conocernos éramos amigos, y muchas veces anduvimos juntos horas y horas oyéndole conversar. En su charla hallábamos siempre esa limpieza de alma y esa melancolía que puso en todas sus palabras—habladas o escritas—este hombre esencialmente bueno.

Por aquel tiempo Gana escribió un cuento largo que se in-

cluye en las páginas de este libro: «Visperas de boda», en el cual hay muchos y muy dolorosos rasgos autobiográficos. Con buena voluntad nos ofrecimos para copiar en una máquina de escribir que había en el Club de Estudiantes el nuevo trabajo. En dos o tres mañanas sacamos en limpio esta producción, que Gana escribía por las noches en su casa y nos dictaba al día siguiente. Poco después el cuento aludido salía publicado en «Pacífico Magazine» y Gana recibía por él unos pocos pesos.

Gana nos dijo por aquellos días que en este cuento había tratado de fijar unas cuantas escenas de la vida de *medio pelo*, que por uno de los tantos azares de su existencia él conocía más o menos hondamente. Pero no es eso todo. Nos dijo también que los personajes de su narración eran seres vivos, a los cuales había tratado con alguna intimidad. No se necesita adivinar mucho para encontrar en el Juan Marcoleta de este relato una imagen de su propia vida.

Allí se nos dice que Marcoleta «pertenecía a una aristocrática familia de Santiago» y «que a la muerte de su padre habíase dirigido a Europa, donde derrochaba íntegra en poco tiempo la gran fortuna que había heredado». Este joven que vivía, alejado de su familia, en una mísera pieza de conventillo, era un alcohólico extremado. Había tenido varios ataques de *delirium tremens* y estaba condenado, según un médico, a una muerte infalible si reincidía en sus excesos, siquiera una vez.

Lo que viene después tiene menor importancia: Marcoleta es asistido por la familia de un bolicario, don Pedro Sánchez, y se enamora o poco menos de una de las hijas del buen comerciante. Se hacen los preparativos para la boda, y el novelista cuida de hacernos conocer el entusiasmo de la familia por su imprevisto entroncamiento con familia de tanta alcurnia.

La vispera de la boda, terminada la fiesta en casa de su futuro suegro, Marcoleta sale a dormir por última vez en su triste covacha. Al atravesar el río se detiene y considera lo que ha sido de su vida. «¡A dónde he venido a parar!—exclama—. ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Por qué he estado en esta fiesta?» Y entonces un tropel de recuerdos le asalta. Se ve rico, feste-

jado por todos, amado por una hermosa joven, dueño del presente y del porvenir. Es de noche y oye una ópera en el Teatro Municipal. Es decir, no la oye: lo que hace es mirar a los ojos de su prometida. «Después el viaje al extranjero, la ausencia, el olvido en medio de los vicios internacionales, la ruina, el alcohol, siempre el alcohol, y la perdición final».

Una decisión súbita lo anima: llega hasta una cantina próxima y allí compra varias botellas de aguardiente y se va a paso rápido a su cuarto. Al día siguiente, como tarda en llegar a la casa de la que va a ser su esposa lo van a buscar el futuro suegro y algunos amigos. Lo hallan muerto, de codos sobre la mesa mísera, junto a las botellas.

Tal es, en síntesis, «Visperas de boda», novelita de algunas proporciones, en la cual encontramos un animado cuadro de la comida de esponsales en casa del boticario. Esta escena, que representa el «color local» de la obra, tiene un poco recargadas las tintas del ridículo, pero es palpitante y vigorosa.

• • •

Fué Gana un escritor que formó su bagaje intelectual, de joven, en el naturalismo francés, de cuyas obras culminantes era conocedor más o menos hondo. Balzac, Flaubert, Zola, Maupassant, los Goncourt, Daudet, eran sus autores predilectos. Había leído con atención sus principales obras, novedades literarias en esos años, combatidas acremente por unos y seguidas con entusiasmo por los otros. De otras literaturas conocía poco: Turgueñef, a quien había leído en francés, apenas puede ser considerado ruso. Muchas veces le oímos mencionar con especial agrado algunos libros de este escritor, en el cual seguramente había hallado un maestro.

Por los años iniciales de nuestra amistad, Gana leyó algunas obras que comenzaban a gozar de fama. Libros de Barbusse, de Rolland, de Latzko vimos más de una vez en sus manos. Hasta en una oportunidad pudo sacudir un poco su indolencia y acometer la lectura de algún volumen novelesco de Baroja.

Pero esta nueva literatura no le agradaba; su espíritu no estaba hecho a ella, y al recorrerla se lanzaba en vigorosa elación hacia el Balzac minucioso y truculento, el multitudinario Zola o el preciosista Flaubert, de cuyas obras había gustado en su juventud.

También por esos días le acompañamos a perseguir en páginas de viejas revistas sus dispersas *manchas de color*, que en un volumen debían formar parte de las ediciones de la revista *Juventud*. Con este motivo fuimos varias veces, por las tardes, hasta la oficina de Mariano Latorre en la Biblioteca Nacional. En el viejo edificio de ésta, hacia la derecha, el autor de «Zurzulita» ocupaba una oficina sombría del primer piso, cuya ventana se abría sobre un corredor limitado por la muralla de los Tribunales. No era una vista muy jocunda para pupila tan voluptuosa como la de Mariano Latorre.

En esa oficina había, por cierto, una máquina de escribir y en ella copiamos algunas manchas de color que Gana había publicado en números de *Zig-Zag* de hace varios años. No tenía nuestro amigo, por lo menos en aquel tiempo, muy buena memoria, de modo que había que revisar lomos enteros para hallar en ellos un pequeño grupo de manchas de color.

La oficina era una de las dos mitades en que se había dividido, por un tabique de tablas que no llegaba hasta el techo, una gran pieza. En la pared de la derecha había un estante grande, con muchas divisiones en que se veían, agrupados sin orden, revistas y folletos. En el centro había una gran mesa en que navegaban cientos de publicaciones diversas, llegadas en canje, desde países extranjeros, a la Biblioteca. No siempre estaban rotas las fajas de estos envíos, que se acumulaban con singular copiosidad.

Por esta oficina pasaban a veces otros escritores, amigos de Latorre: Apenta, hombre alto, fornido y de apariencia oscurísima, y Sanliván, cuyos ojos azules rien siempre. Se conversaba mucho, se hacían recuerdos de bohemia y se hablaba de libros nuevos, de proyectos literarios, de mil cosas diversas.

Un día Gana nos dictó una mancha de color en verso que,

si no estamos equivocados, no había sido publicada y que recordaba de memoria. La conservamos entre nuestros papeles; dice así:

LA TELARAÑA

Esta es la tela efimera y sombría;
en el silencio de mi alcoba fría
la ha tejido en las noches una araña
artificiosa, con paciencia extraña.
En sus hilos de seda, débil presa,
dormita mi alma, y creo ver en ellos
temblar gotas de sangre a los destellos
de la pálida aurora. Y nunca cesa
la cruel araña en su labor inquieta.
¡Quién sabe si en los hilos de esa tela
en el silencio de la noche vela,
misteriosa, una lágrima secreta!

No es difícil advertir, leyendo estos versos, que el espíritu de Federico Gana no era el de un poeta muy brillante. Pero a pesar de lo rípidos que son, a pesar de sus vacilaciones y de la evidente falta de maestría que revela su autor en tal género de trabajo, nos muestran el sentimiento de quien los trazó. En todo halla símbolos que le evocan los fantasmas de su dolor. Y tal como vemos en el último verso, nos da en este pequeño fragmento, así como en el resto de toda su obra, una severa y ferviente lección de silencio discreto y respetuoso para sus propios pesares.

Las manchas de color son, en conjunto, una historia fragmentaria del vencimiento de su autor. Nos narran los recuerdos de su juventud alegre, su viaje por el extranjero, la muerte de sus ensueños juveniles, algún amorío vagabundo, un estado espiritual cualquiera en que transparecen la melancolía y la resignación. ¿Diremos que forman un total admirable? No; son inferiores por muchos aspectos a los cuentos de Gana. Son simples expansiones de un alma sedienta de consuelo, pero demasiado orgullosa para llegar a convertir sus penas en motivo de

una literatura hecha de subjetividades. Fueron las escasas «lágrimas secretas» que virlió en su vida este bohemio.

• • •

Más adelante dejamos de ver por períodos más o menos largos a Gana. Nos separaron su vida errante y extraña y otros trabajos y preocupaciones. Luego volvimos a recibirle en «El Mercurio». El tiempo no había pasado en vano por esta naturaleza fuerte y robusta. Cada vez que lo vemos comprobamos una nueva injuria en su vestido, en su respiración, en su color, en sus ojos. Con voz cansada, interrumpida por los sobrealientos del asma, nos cuenta su última enfermedad, nos comunica un proyecto nuevo. Piensa trabajar en su profesión de abogado, que no le ha producido, según nos dijo varias veces, sino unos mil pesos en veinticinco años...

Otras veces nos habla con entusiasmo juvenil de su novela, tan meditada, tan perfeccionada en la intimidad de su espíritu: «La palanca». ¿Comenzó a escribirla? Creemos que no. Siempre se fijaba un plazo para emprenderla. «El próximo verano» —decía, o bien: — «En cuanto me restablezca completamente...»

Escribió poco este artista bueno y recto. Su obra cabe en unas trescientas páginas, pero tiene un valor soberano. En ella está el campo nuestro, con sus hombres, sus bestias, su naturaleza y su atmósfera física y moral, en evocación jugosa y sobria. Una lengua reducida y precisa le basta; su estilo no tiene galas, no conoce la retórica y se aliene sólo a lo más simple de la gramática. Pocos hombres de almas sin complicaciones, de vidas sombrías o jocundas pueblan su pequeño mundo. Escasas aventuras de amores, odios, celos, amarguras y entusiasmos forman el cañamazo de su labor.

Un tono de sobria melancolía alisa los contornos, se cuela por las rendijas, flota en el aire que sus palabras nos dan con persistente valor de realidad. El autor vivió en la compañía de esos hombres buenos cuando era joven y rico. Al evocarlos

en las páginas de sus relatos traza la historia de su propio fracaso, la parábola de su esplendor y decadencia. No nos extrañe verle prodigar la ceniza de su tedio sobre muchos rostros, sobre muchos fragmentos de la naturaleza, sobre muchas almas que debían ser más claras.

• • •

Algunas veces que lo vimos nos dió la impresión de un naufrago que llega, palpitante y transido, a una playa, y pide auxilio y corre a refugiarse en los brazos que se le tienden. Una noche, en la casa de Olegario Lazo Baeza, buen cuentista y mejor amigo, Federico Gana, pariente de la señora del anfitrión y recientemente afectado por un duelo de familia, nos pareció regenerado para siempre. Se traducían sus «Días de campo» al inglés y él quería que el trabajo fuese cuidadoso. No se atrevía a autorizar la versión si no estaba seguro de que era fiel y respetaba sobre todo el espíritu del original. En la sobremesa estaba sereno y todo lo animado que le permitía la muerte de una de sus hermanas. Tenía también, según dijo, nuevos temas de cuentos y pensaba desarrollarlos en cuanto hallara algún reposo.

Pocas semanas más tarde llegó hasta nuestra oficina de «El Mercurio» y nos alargó tímidamente—¿quién no reparó en su timidez de colegial sorprendido en falta?—un cuento nuevo, inédito. Es el titulado «Un amigo», que aparece en este volumen de cuentos completos.

No es de los mejores trabajos de Gana pero tiene cierto vigor y un innegable interés. Es curioso fijarse con algún detenimiento en él. Sus personajes ya no son hombres sino perros, perros de caza, que fueron sus amigos y compañeros en tantas jornadas. Hacia el fin de sus días el escritor parece sentir despeggo por sus semejantes y busca la compañía, más leal, más cariñosa, de los perdigueros y galgos que jugaron junto a él y le sirvieron para cobrar piezas sobre el campo.

El mismo tono de melancolía que tiene toda su obra anterior

se halla en este cuento que, si no nos equivocamos, fué el último que escribió. Con respeto colocamos las carillas en manos de don Carlos Silva Vildósola, y el trabajo aparecía poco después en una edición dominical de «El Mercurio». Una nueva ilusión había nacido en el alma de Gana. Escribiría cuentos para el diario; haría una nueva serie de «Días de Campo». Nos dijo entonces que tenía muchos temas que no había aprovechado antes pero que ahora sabría desarrollar. Esperaba sólo mejorar de su última enfermedad para ponerse a la obra. Nos agregó que hacía una vida ordenadísima y que no salía de noche, renunciando a sus antiguos placeres, ante la amenaza de perder la vida si pretendía renovar las jornadas de su juventud alegre y libre.

Su faz marchita había adquirido un linte cárdeno en las narices y en los pómulos. Su esbelta figura se doblaba ya un poco hacia adelante, mientras el cuello se le hundía cada vez más entre los anchos hombros de antiguo gimnasta. A veces le acompañaba un bastón de guindo que sus manos blandas de ser mimado e indolente acariciaban como a un buen amigo. Sus ojos, pícaros ojos que sabían reír y contemplar la naturaleza con delectación fervorosa, desaparecían casi entre los párpados hinchados y enrojecidos. Su ceja izquierda, levantada en un gesto cómico de sorpresa y de abierta cordialidad, daba un extraño corte asimétrico a su cara de óvalo alargado, aplastada bajo una ancha frente.

No lo vimos más. Cuando supimos que había muerto sentimos un gran dolor pero no sorpresa. No eran ya de este mundo las ceras de su rostro, su respiración anhelosa y entrecortada y el temblor de su mano al preparar el pésimo cigarrillo.

R. SILVA CASTRO.